

Solo una niña puede salvarlos

# Evie, la amiga de los ANIMALES



# Matt Haig

Ilustrado por Emily Gravett

DESTINO



# EVIE, LA AMIGA DE LOS ANIMALES

Matt Haig



*Ilustrado por* **EMILY GRAVETT**

**DESTINO**

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2020  
infoinfantilyjuvenil@planeta.es  
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com  
www.planetadelibros.com  
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Evie and the animals*  
© de la traductora: Isabel Murillo, 2020  
© del texto: Matt Haig, 2019  
© de las ilustraciones: Emily Gravett, 2019  
© Editorial Planeta, S. A., 2020  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
Primera edición: enero de 2021  
ISBN: 978-84-08-22701-4  
Depósito legal: B. 7.297-2020  
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# Una chica especial

Érase una vez una chica llamada Evie Trench.

Evie no era una chica normal. Era una chica «especial».

Eso es lo que decía su padre.

Especial.

Evie pensaba a menudo que sería mucho más fácil ser una chica normal que una chica especial, pero qué se le iba a hacer. Era especial.

Y la razón por la que era especial es...

Bueno, la verdad es que resulta complicado. Ni la misma Evie llegaba a entenderlo.

Pero antes de profundizar en por qué era especial, empecemos con un hecho muy simple.

A Evie le gustaban los animales. Y me dirás: a mucha gente le gustan los animales. Pero el caso es que a Evie le gustaban todos los animales. No solo los tiernos y adorables.

Le gustaban los perros y los gatos, sí, por supuesto, pero también las cucarachas, las serpien-

tes, los murciélagos, los buitres, las hienas, los tiburones, las medusas y las anacondas verdes. Le gustaban todos los animales. Con la excepción de la araña errante brasileña —la araña más mortífera del mundo—, que incluso a Evie le costaba querer, por motivos que más adelante quedarán muy claros. Pero, como norma general, si algo estaba vivo, le gustaba.

Y lo sabía todo sobre el mundo animal. Era la que más sabía. Muy probablemente había profesores de Biología Animal en universidades de primera categoría que sabían menos cosas que ella. Con solo seis años ya se había leído más de trescientos libros sobre el tema.

Cuando se sentía preocupada, triste o aburrida, se sentaba a leer un libro sobre animales.



De modo que sabía mucho.  
Sabía, por ejemplo, que:

1. Los caracoles pueden dormir tres años seguidos y las babosas tienen cuatro narices.
2. Los osos pardos son tan fuertes que pueden incluso aplastar una bola de los bolos.
3. Los pájaros no encuentran para nada picantes las guindillas.
4. Todos los peces payaso nacen niño. (Y algunos se transforman en pez payaso niña más adelante).
5. Los gatos pueden beber agua de mar sin ningún problema.
6. Los pulpos tienen tres corazones.
7. Los ojos del reno se vuelven azules en invierno para ver mejor en la oscuridad.



8. El embarazo de las elefantas dura casi dos años.
9. Debajo de su pelaje de rayas, los tigres tienen también la piel con rayas.

Y su cosa favorita:

10. Las nutrias marinas duermen cogidas de la mano para que las corrientes no las alejen las unas de las otras.

Pero a Evie no solo le gustaban los animales. No solo conocía muchas cosas sobre ellos.

Poseía además una habilidad muy especial.

Una habilidad excepcional. Y esa habilidad era que:

Podía **OÍR** lo que los animales pensaban.

Y a veces conseguía que los animales oyeran lo que ella pensaba.

Sin mover los labios ni emitir un solo sonido, Evie podía hablar con los animales.

Evie no tenía ni idea de cómo ni por qué podía oír a los animales. Podía, y ya está. Y a medida que se hacía más mayor, más a menudo le pasaba. Y aquello era lo mejor de su vida. Era su superpoder. Un secreto que solo había com-

partido con una persona: con su padre. Y su padre le había dicho que nunca tenía que contárselo a nadie. Jamás.

«Eres especial, pero ser especial puede meter-te en muchos problemas. Oír todo lo que puedes llegar a oír... puede terminar desencadenando cosas malas. Cosas muy malas —le había dicho—. Te lo digo muy en serio. No se lo cuentes nunca a nadie. Y sea lo que sea lo que oigas comentar, nunca jamás comuniqués con los animales. No hables nunca con ellos. A través de la mente, quiero decir.»

Por eso no lo hacía. Y nadie lo sabía.

O eso pensaba ella.

Hasta lo del día de la coneja.



## Un pájaro llamado *Pico*

**E**l día de la coneja empezó con un pájaro. Un gorrión, más concretamente. El gorrión —un gorrión común, pequeño y de color marrón rojizo— se llamaba *Pico*.

Evie ya había estado charlando anteriormente con el gorrión. Charlando con la mente, no con la boca. Pero charlando, de hecho.

El pájaro venía a menudo a comer las semillas que Evie dejaba en el alfeizar de la ventana de su habitación. La niña cogía en secreto las semillas de la barra de pan multicereales que su padre solía comprar.

Evie no siempre oía los pensamientos de los animales. Había días en los que no oía nada de nada. Pero *Pico* era uno de los animales más fáciles de comprender. No tan fácil como los perros aunque, a decir verdad, ningún animal lo era.

—Hoy te veo triste, Evie —estaba pensando

*Pico*, que andaba picoteando semillas mientras la niña miraba el cielo a través de la ventana.

Y entonces Evie le enseñó a *Pico* la foto de su madre, que tenía en la mesita de noche.

—La echo de menos, *Pico*.

—Yo también echo de menos a mi mamá —dijo *Pico*. No con el pico, sino con la mente—. La verdad es que estuvimos poco tiempo juntos, pero era muy buena.

—Yo tampoco conocí a la mía. Es decir, que no la recuerdo. Toda la información que tengo sobre ella me la ha dado la abuela Flora. Y mi padre, claro. Aunque no tanta como cabría esperar de él. ¿Verdad que es extraño? ¿Echar de menos cosas que nunca has conocido?

—No, no es extraño. Yo echo de menos a todos los amigos que todavía no he hecho. Y eso que ya tengo miles de amigos. Volamos juntos. Pero aún soy novato. Joven. No he vivido todavía mi primer invierno. En el futuro haré muchos más amigos. Y los echaré de menos. Porque estoy seguro de que serán especiales.

Evie se esforzó por no sentirse triste.

—Y eso de volar, ¿cómo es, *Pico*?

—Es lo más fácil del mundo. Si tienes alas, claro. Es la libertad. Puedes ir hacia arriba y ha-

cia abajo, hacia un lado y hacia el otro, puedes ir donde te apetezca, y disfrutas del viento que pasa entre tus plumas y además puedes comer todos los insectos voladores que se crucen en tu camino. Te gustaría, Evie.

—Creo que sí. Excepto eso de comer insectos.

—No hay nada mejor que ser libre para ser tú mismo —añadió *Pico*—. Si tienes alas, hay que utilizarlas.

—Umm... Sí, eso dicen.

Y justo en aquel momento el padre de Evie llamó a la puerta y la empujó para abrirla un poco. *Pico* giró su minúscula cabeza en aquella dirección.

«Vaya», pensó el gorrión.

—Vamos, Evie, ya tendrías que estar preparada para ir a la escuela —dijo el padre de Evie, asomando la cabeza por la puerta.

El padre de Evie se dio cuenta de que la ventana estaba abierta y vio el gorrión despegando rápidamente hacia el cielo, así como las semillas en el alfeizar.

—Evie, ¿qué te he dicho sobre lo de quitar las semillas del pan para dárselas a los pájaros?

—Lo siento, papá. Es que si no me das permiso para tener una mascota...

—Estabas intentando hablar con ese pájaro, ¿verdad? Con la mente, ¿no?

—No —replicó Evie, mintiendo. No le quedaba más remedio que hacerlo. Su padre le había dejado muy claro

que tenía que ignorar siempre las voces de los animales que se filtraban en su cabeza porque podían desencadenar **COSAS MUY MALAS**. Aunque nunca le había contado qué tipo de cosas malas podían ser. Lo cual era un fastidio. Sobre todo porque Evie deseaba con todo su corazón tener una mascota—. No estaba hablando con el pájaro.

—Estupendo —dijo su padre.

Parecía cansado. Había estado trabajando hasta tarde, restaurando muebles de otra gente en el garaje. A lo mejor también él echaba de menos a la madre de Evie. Era difícil saberlo. A Evie le gustaría que su padre fuera tan fácil de entender como un perro.

Era un deseo que tenía a menudo. Si su padre pudiese convertirse por un ratito en un perro...



si fuera un perro, podría entenderlo mejor. Un sabueso grande y baboso. La gracia de los perros es que no pueden evitar contártelo todo. Son charlatanes, pero no hablan por la boca, como los humanos. Ni siquiera tienes que leerles la mente para darte cuenta de que no paran de hablar. Sus meneos de cola, sus ladridos, sus gimoteos, los movimientos que hacen con la cabeza, por leves que sean, sus miradas y sus jadeos no son más que su vocabulario. Lo cual se dice pronto. Los humanos no suelen ser así. A lo mejor es por eso que los humanos necesitan palabras. A lo mejor es por eso que es tan complicado entenderse sin ellas.

Y los padres, en particular, son de los tipos de animales más complicados que existen.

—Vamos —dijo—. A la escuela.